

Un trueno en el oeste anunció la proximidad de la tormenta y la noche. El cielo se hizo más oscuro, la lluvia cayó, el viento zumbó tristemente, y el camino del bosque por el que andaba se convirtió en un pantano fangoso, traicionero, que amenazó momentáneamente atrapar tanto a mi corcel como a mí mismo en su abrazo inoportuno. Un viaje en tales condiciones es muy desfavorable; en consecuencia, me sentí muy animado cuando, poco después, a través de las ramas sacudidas por la tormenta, percibí un destello de luz hospitalaria que brillaba a través de la niebla de la lluvia.

Cinco minutos más tarde, puse rienda suelta ante las enormes puertas de un venerable edificio de buen tamaño, de piedra gris cubierta de musgo que, por su tamaño extremo y su aspecto santificado, con razón me pareció un monasterio. Incluso mientras lo miraba de manera superficial podía ver que era un lugar de cierta importancia, ya que se alzaba imponentemente sobre los cimientos desmoronados de muchos edificios más pequeños que, evidentemente, alguna vez lo habían rodeado.

Sin embargo, la fuerza de los elementos fue tal que impidió toda inspección o especulación adicional, y me sentí muy complacido cuando, en respuesta a mis continuos golpes, la gran puerta de roble se abrió de golpe y me quedé cara a cara con un hombre de capucha que cortésmente me hizo pasar por los portales barridos por la lluvia hacia un pasillo amplio y bien iluminado.

Mi benefactor era bajo y gordo, vestido con voluminosa gabardina y, por su aspecto rojizo y radiante, parecía un anfitrión muy afable. Se presentó como el abad Henricus, jefe de la fraternidad monástica en cuyo cuartel general ahora me encontraba, y me rogó que aceptara la hospitalidad de los hermanos hasta que las inclemencias del tiempo hubieran disminuido.

En respuesta, le informé mi nombre, y que estaba viajando para mantener una cita con mi hermano en Vironne, más allá del bosque, pero que la tormenta me había impedido seguir mi viaje.

Habiendo concluido estas cortesías, me hizo pasar por la antecámara hasta el pie de una gran escalera de piedra, que parecía tallada en la propia pared. Aquí él gritó bruscamente en una lengua no comprendida, y en un momento me sorprendió la repentina aparición de dos sirvientes que parecían haberse materializado de la nada. Sus severos rostros de ébano, sus cabellos rizado y sus ojos ondulados, resaltados por un atuendo más extravagante: pantalones grandes y holgados de terciopelo rojo y cinturas de tela dorada, en la moda oriental, me intriguaron mucho. Parecían

curiosamente fuera de lugar en un monasterio cristiano.

El abad Henricus se dirigió a ellos en un fluido latín, pidiéndole a uno que se fuera y cuidara a mi caballo, y al otro que me llevara a una habitación arriba, donde, según me informó, podía cambiar mis prendas deshilachadas por una vestimenta más adecuada mientras esperaba la cena.

Le di las gracias a mi cortés anfitrión y seguí al silencioso sirviente negro por la gran escalera de piedra. Su antorcha parpadeante proyectaba sombras arabescas sobre muros de piedra desnuda de gran edad y avanzada decrepitud. Claramente la estructura era muy antigua. Al llegar al rellano, mi guía me condujo a lo largo de una extensión de suelo de mosaico ricamente alfombrado, entre altas paredes tapizadas y adornadas con cortinas negras. En mi opinión, esas galas de terciopelo eran muy impropias para un lugar de culto.

Tampoco mi opinión se vio sacudida por la vista de la recámara que se indicó como mía. Era tan grande como el estudio de mi padre en Nimes: de sus paredes colgaban terciopelos españoles de color marrón, de una elegancia superada solo por su mal gusto. Había una cama que honraría el palacio de un rey; los muebles y otros accesorios tenían una magnificencia verdaderamente real. El sirviente encendió una docena de gigantescas velas en el candelabro de plata que rodeaba la habitación, luego se inclinó y se retiró.

Al inspeccionar la cama, encontré las prendas que el abad había designado para mi uso durante la cena. Estas consistían en un traje de terciopelo negro con calzones de satén, un manto de un tono correspondiente, y un sobrepelliz. Al quitarme la ropa de viaje, descubrí que se ajustaban perfectamente, aunque de forma sombría.

Durante este tiempo me dediqué a observar la habitación más de cerca. Me pregunté por la generosidad, la exhibición y la ostentación, y aún más por la ausencia total de cualquier parafernalia religiosa, ni siquiera se veía un simple crucifijo. Seguramente esta orden debía ser rico y poderoso; aunque un poco mundana. Tal vez sea similar a aquellas sociedades de Malta y Chipre cuyo libertinaje y extravagancia son el escándalo del mundo.

Mientras reflexionaba sobre esto, cayeron sobre mis oídos los sonidos de cantos que se hincharon sinfónicamente desde algún lugar muy por debajo. Su cadencia se elevó y cayó solemnemente como si fuera llevada desde una distancia increíble para los oídos humanos. Fue sutilmente inquietante. No podía distinguir ni palabras ni frases que conociera, pero el potente ritmo me desconcertó, como una runa maléfica, cargada de insidiosas sugerencias. De repente cesó, y emití inconscientemente un suspiro de alivio. Pero ni por un instante, durante el resto de mi estancia, estuve completamente libre de la inquietud generada por el sonido lejano de ese canto sin nombre que venía desde abajo.

Nunca he comido una comida más extraña que la que comí en el monasterio del abad Henricus. El salón de banquetes era un triunfo de la ostentación. La comida tuvo lugar en una vasta cámara de techos arqueados y abovedados. En las paredes habían tapices de color púrpura sangriento, adornados con escudos nobiliarios, aunque de un significado desconocido para mí. La mesa del banquete se extendía a lo largo de la sala hasta las puertas dobles por las que había entrado desde las escaleras. El otro extremo llegaba bajo un balcón colgante, debajo del cual estaba la entrada de la cocina. Alrededor de este vasto tablero festivo estaban sentados unos eclesiásticos vestidos con capuchas negras, que ya estaban atacando ansiosamente la multitud de alimentos con los que se ponderaba la mesa.

Apenas dejaron de atiborrarse para saludar cuando el abad y yo entramos para tomar nuestro lugar en la cabecera de la mesa, pero continuaron devorando rapazmente la maravillosa variedad de victorias que se les presentaba, logrando esta tarea de la manera más indecorosa. El abad no se detuvo para moverme a mi asiento ni para entonar una bendición, sino que inmediatamente siguió el ejemplo de su rebaño y procedió a rellenar su barriga con carnes selectas ante mis asombrados ojos.

La comida fue acompañada por ruidos groseros de las bocas de los comensales; los bocados fueron recogidos en los dedos y los restos sin probar arrojados al suelo. Las menudencias se ignoraban. Por un momento me quedé estupefacto, pero la cortesía natural vino en mi rescate, por lo que me mantuve en silencio.

Media docena de sirvientes negros se deslizaban silenciosamente por la mesa, reponiendo los platos o llevando otros nuevos y llenos de exóticas viandas. Mis ojos contemplaban maravillas de la cocina en platos dorados, como perlas arrojadas a los cerdos. Para estos hermanos encapuchados, aunque fueran monjes, se comportaron como abominables cerdos. Se revolcaban en todo tipo de frutas, deliciosas cerezas, melones, granadas y uvas, ciruelas enormes, albaricoques exóticos, higos y dátiles raros. Había grandes quesos, fragantes y suaves; sopas tentadoras; pasas, nueces, verduras y excelentes bandejas de pescados humeantes, todas servidas con cervezas y cordiales que eran tan potentes como el néctar de las nephentes.

Durante la comida, nos deleitaron con música de laúdes invisibles, flotando desde los balcones; música que triunfalmente aumentó en un crescendo definitivo cuando seis servidores entraron solemnemente, llevando un enorme plato de oro macizo en el que reposaba un solo trozo de carne ahumada, adornada y con olor a especias aromáticas.

En profundo silencio avanzaron y dejaron su carga en el centro de la mesa, limpiando el candelabro gigante y los platos más pequeños. Entonces el abad se levantó, cuchillo en mano, y talló el asado, mientras murmuraba una invocación sonora en una lengua extraña. Se repartieron rebanadas de carne a los monjes del conjunto en platos de plata. Un marcado y definido interés fue evidente en esta ceremonia; solo la cortesía

me impidió interrogar al abad sobre la importancia de ese comportamiento. Comí una porción de mi carne y no dije nada.

Encontrar tal deslumbramiento bárbaro, tal pompa, en una orden monástica, fue realmente curioso, pero mi curiosidad fue lamentablemente apagada por la copiosa toma de los potentes vinos puestos delante de mí en la mesa. Había añadas de todas las edades y destilaciones; curiosas pociones fragantes de maravillosa ternura y dulzura vertiginosa que me afectaron extrañamente.

La carne era particularmente deliciosa y dulce. La acompañé con grandes vasos de vino que ahora circulaban libremente por la mesa. La música cesó y el resplandor de las velas se atenuó imperceptiblemente hacia una luminancia más suave. La tormenta todavía se estrellaba contra las paredes de afuera. El licor bombeó fuego por mis venas, y extrañas fantasías corrieron por mi cabeza confundida.

Me quedé casi estupefacto cuando, por fin, satisfechos los apetitos de la compañía, procedieron, bajo la influencia del vino, a romper el silencio observado durante la comida al estallar en el coro de una canción melodiosa. Su alegría creció, y se contaron sátiras y cuentos. Los rostros delgados estaban convulsionados en una risa lasciva, los abultados vientres temblaban de alegría. Algunos dieron paso al ruido indecoroso y al gesto grosero, y varios colapsaron debajo de la mesa y fueron llevados por los negros silenciosos.

No pude evitar contrastar la escena con la que habría imaginado si hubiera llegado a Vironne para tomar mi comida en la mesa de mi hermano. Me preguntaba vagamente si él estaba al tanto de esta orden monástica tan cerca de su tranquila parroquia.

Entonces, abruptamente, mis pensamientos volvieron a la compañía que tenía delante. La alegría y la canción habían dado lugar a cosas menos sabrosas cuando las velas se atenuaron y las sombras cada vez más profundas tejieron sus redes de oscuridad sobre la mesa del banquete. La conversación se convirtió en canales vagamente alarmantes, y las caras encapuchadas adquirieron un aspecto siniestro en la luz pálida y parpadeante.

Mientras miraba desconcertado, me llamó la atención la peculiar palidez de los rostros reunidos; brillaban a la luz moribunda como con una burla distorsionada de la muerte. Incluso el ambiente de la habitación parecía cambiado; las cortinas crujientes parecían movidas por manos invisibles; las sombras marchaban por las paredes, como duendes que brincaban en procesiones extrañas sobre los arcos arbolados del techo. La mesa festiva parecía desnuda: restos de vino manchaban las ropas, viandas a medio devorar cubrían la extensión de la mesa, los huesos roídos en los platos parecían sombríos recordatorios de nuestro destino mortal.

La conversación no era adecuada para mejorar mi tranquilidad, estaba lejos de las

piadosas exhortaciones que se esperaban de una compañía así. La charla se volcó sobre fantasmas y encantamientos; viejos cuentos fueron contados e infundidos con nuevos horrores, leyendas contadas en susurros rotos, toques de potencia escalofriante pasaron de los labios cubiertos de vino en tonos sepulcralmente apagados.

Ya no me sentaba somnoliento. Estaba nervioso con una aprensión cada vez mayor. Era casi como si supiera lo que iba a suceder cuando, por fin, con una sonrisa curiosa, el abad comenzó su relato y los monjes silenciaron sus susurros y se volvieron en sus lugares para escuchar.

Al mismo tiempo, un negro entró y depositó un pequeño plato cubierto ante su maestro, quien lo miró por un momento antes de continuar con sus comentarios introductorios.

Fue una suerte (comenzó, dirigiéndose a mí) haberme aventurado aquí para pasar la noche, ya que había otros viajeros cuyas estancias nocturnas en estos bosques no habían llegado a un destino tan afortunado. Estaba, por ejemplo, el legendario Monasterio del Diablo. (Aquí hizo una pausa y tosió abstraído antes de continuar).

Según la tradición popular aceptada de la región, este curioso lugar del que habló era un priorato abandonado en el corazón del bosque, en el que habitaba una extraña compañía de no muertos, dedicada al servicio de Asmodeo. Al llegar la oscuridad, las antiguas ruinas adquirirían una apariencia sobrenatural de su gloria desaparecida, y los viejos muros eran reconstruidos por el arte del demonio para seducir al viajero que pasaba.

Fue realmente afortunado que mi hermano no me hubiera buscado en el bosque en una noche como esta, ya que podría haberse equivocado sobre este maldito lugar y haber sido hechizado en la entrada; con lo cual, según las crónicas antiguas, sería capturado, y su cuerpo devorado por los acólitos macabros para que pudieran preservar sus vidas no naturales con sustento mortal.

Todo esto fue contado en un susurro de pavor indescriptible, como si de alguna manera tuviera la intención de transmitir un mensaje a mis sentidos desconcertados. Lo hizo. Mientras miraba las miradas burlonas a mi alrededor, me di cuenta de la importancia de esas palabras, la horrible burla que se ocultaba detrás de la sonrisa suave y críptica del abad.

El Monasterio del Diablo... Canto subterráneo de los ritos a Lucifer... magnificencia blasfema, pero nunca el signo de la cruz... un priorato abandonado en el bosque profundo... Caras lobunas que brillaban...

Entonces, tres cosas sucedieron simultáneamente. El abad levantó lentamente la tapa

de la pequeña bandeja que tenía delante. ("Terminemos la carne", creo que dijo.) Entonces grité. Finalmente llegó el trueno misericordioso que me precipitó, junto a los monjes risueños, el abad, el plato y el monasterio, en un olvido caótico.

Cuando desperté, yacía mojado por la lluvia en una zanja al lado del camino embarrado, en vestido con empapadas prendas de negro. Mi caballo pastaba en los bosques cercanos, pero de la abadía no pude ver ninguna señal.

Me tambaleé hacia Vironne medio día después. Deliraba cuando llegué a la casa de mi hermano y maldije en voz alta debajo de las ventanas. Pero mi delirio se convirtió en una locura furiosa cuando el que me encontró allí me dijo a dónde se había ido mi hermano y su probable destino, y me desmayé en el suelo.

Nunca podré olvidar ese lugar, ni el canto, ni los terribles hermanos, pero le pido a Dios que pueda olvidar una cosa antes de morir: lo que vi antes del rayo; lo que me enloquece y me atormenta aún más de lo que he aprendido en Vironne. Sé que todo es cierto, ahora, y puedo soportar el conocimiento, pero nunca podré soportar la amenaza ni el recuerdo de lo que vi cuando el abad Henricus levantó la tapa de la bandeja de plata para revelar el resto de la carne...

Era la cabeza de mi hermano.